EL UNIVERSAL
EL GRAN DIARIO DE MÉXICO

Fecha	Sección	Página
22.11.2008	Ideas	7

Política y laicismo

CÉSAR CANSINO

Hoy en México no se puede hablar ya de la Iglesia, sino de las iglesias. También en materia de cultos, México es un país crecientemente plural y respetuoso

La semana pasada participé en una conferencia sobre laicismo y fe en la Universidad Popular Autónoma de Puebla. Mi intervención causó polémica porque cuestioné la intolerancia que la Iglesia católica sigue mostrando hacia otros credos y hacia quienes no comulgan con sus posiciones. Asimismo, hice un extrañamiento por el hecho de que en dicho foro se le otorgaría un doctorado *honoris causa* a Manuel Fraga Iribarne (senador y ex vicepresidente del gobierno de España y funcionario del general Francisco Franco), quien fue protagonista directo de una de las páginas más oscuras, totalitarias, crueles y sanguinarias del mundo contemporáneo, el franquismo. De este reconocimiento me enteré tardíamente, pero en todo caso me corroboró la naturaleza muy conservadora del evento.

Grosso modo, mi tesis sostenía que en el nombre de Dios se emprenden inverosímiles cruzadas en pro de una reconfesionalización de la política, o se disfrazan inconfesables intenciones de instrumentalizar la fe en aras de algún proyecto de poder que no acaba de asumirse plenamente moderno y democrático: secular y laico. En el nombre de Dios también se confabulan —como parece ocurrir en México— sectores específicos de las élites políticas y los jerarcas religiosos para tratar de revertir la historia en pos de un improbable proyecto de unidad e identidad nacional negador de la pluralidad y la diferencia, consustanciales a la vida democrática.

Si algo podemos derivar de la reflexión anterior es que pensar el tema de lo religioso, la religión o las religiones en las sociedades modernas no puede hacerse sino en el marco de inquietudes colocadas por la creciente democratización, el individualismo humanista, democrático o privatista y la secularización que las cruza.

México no es la excepción. Desde hace algunos años vivimos un proceso de democratización creciente, lo cual ha llevado a reconsiderar nuestra manera de gobernar y ser gobernados, tanto civil como eclesiásticamente, y las verdades establecidas que se imponen a las nuevas libertades, por ejemplo, en el campo de los derechos sexuales y reproductivos o la bioética. En otras palabras, una especie de rebelión silenciosa de los ciudadanos (creyentes o no) en contra de las formas tradicionales de gobernar y una insurrección de la libre conciencia frente a aquellos que quieren sojuzgarla o acallarla.

Sin embargo, como sostiene el especialista en temas religiosos Roberto Blancarte, la Iglesia católica parece obstinada en defender sus posiciones como si el mundo no hubiera cambiado y como si no entendiera que las necesidades de los católicos y del resto de los mexicanos no son las mismas que las del episcopado. La sociedad es más plural y heterogénea, y los feligreses terminan oponiéndose a los dictados de la doctrina oficial de su Iglesia en materia de sexualidad y de opciones de vida.

Al igual que la larga lucha por la democracia en el siglo XX, la separación de la Iglesia del Estado en el siglo XIX costó miles de vidas, por lo que son conquistas sociales que en el imaginario y la identidad nacionales no pueden negociarse o transigirse.

En este ánimo, los discursos de grupos católicos radicales, por fortuna minoritarios, no tienen ninguna posibilidad de prosperar, sólo causan lástima y desdén. La sociedad está vacunada contra la intolerancia que esconden y las motivaciones que los mueven. Hace bien Carlos Monsiváis en exhibirlos, denunciarlos y ridiculizarlos, pero de ahí a ver una suerte de conspiración católica para quebrar el Estado laico resulta exagerado. El laicismo que heredamos de Juárez no está reñido con la fe católica que profesamos mayoritariamente como nación. Hoy en México no se puede hablar ya de la Iglesia, sino de las iglesias. También en materia de cultos, México es un país crecientemente plural y respetuoso.

En virtud de ello, es imprescindible conocer las leyes, entender su sentido y ver en qué se puede y se debe avanzar. No hay responsabilidad mayor porque implica asimilar un proceso histórico y reconocer las pautas del proceso civilizatorio. Respetar las convicciones ajenas no debe ser un mérito, sino un trámite cotidiano más. Al Estado y a las demás instituciones e instancias les corresponde lo elemental: admitir que los derechos son un privilegio social y disfrute individual. No es la generosidad del gobierno lo que lleva a proclamar la libertad de credos, es la fuerza de conquistas históricas. Esto es laicidad y lo demás es la prolongación del fanatismo que ha dejado de ser causa para convertirse en re-

Continúa en siguiente hoja

$ 41096.00
Tam: 467 cm2
CMEDINAR

CP.
2008.11.22

sentimiento y frustración ante la modernidad.

Así lo dijo

"Los discursos de grupos católicos radicales, por fortuna minoritarios, no tienen ninguna posibilidad de prosperar, sólo causan lástima y desdén. La sociedad está vacunada contra la intolerancia que esconden y las motivaciones que los mueven"

César Cansino